

PIO X Y LA CUESTION SOCIAL

LA beatificación de Pío X en este año evoca sus enseñanzas en todos los órdenes y, de una manera especial, su lucha denodada contra una serie de errores que en su tiempo empezaban a extenderse en proporciones alarmantes.

Por eso sus escritos sobre cuestiones sociales tienen tanta importancia, y asombra observar cómo los tratadistas, al exponer la doctrina de la Iglesia en esta materia, fijan toda su atención sobre León XIII y Pío XI y prescinden totalmente del Santo Patriarca de Venecia.

Su doctrina central es clara y terminante: La causa de todos los males que aquejan a la sociedad debe buscarse en «las doctrinas de los seudofilósofos del siglo XVIII, las de la revolución y del liberalismo tantas veces condenado» (1).

Advierte con prudencia que «la cuestión social y la ciencia social no nacieron ayer; que en todas las edades la Iglesia y el Estado concertados felizmente suscitaron para el bienestar de la sociedad organizaciones fecundas» (2). Y valientemente sale al paso de las insidiosas acusaciones fulminadas contra la Religión Católica al decir: «la Iglesia, que jamás ha traicionado la felicidad del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que desligarse de lo pasado.» (3).

Al examinar todos estos errores recuerda cómo León XIII anatemizó una «cierta democracia cuya perversidad llega al extremo de atribuir en la sociedad la soberanía al pueblo y procurar la supresión y nivelación de clases» (4).

(1) Enc. *Notre charge apostolique* (1), 23 agosto, 1910.

(2) Enc. *Notre charge apostolique* (39).

(3) Enc. *Notre charge apostolique* (39).

(4) Enc. *Notre charge apostolique* (9).

Para estos reformadores de la sociedad, «su sueño consiste en cambiar los cimientos naturales y tradicionales (de la sociedad) y en promover una ciudad futura edificada sobre otros principios que se atreven a declarar más fecundos, más beneficiosos que aquellos sobre que descansa la actual sociedad cristiana (5).

Según ellos, «toda desigualdad de condición es una injusticia o, al menos, una menor justicia, principio sobremanera contrario a la naturaleza de las cosas, generador de envidia y de injusticia y subversivo de todo orden social» (6).

El peligro del socialismo lo denuncia en toda su importancia: «oponeros eficazmente a los progresos del socialismo; el cual, respirando odio contra el Cristianismo y arrancando del corazón del pueblo las esperanzas del cielo, avanza destructor para derribar el edificio ya vacilante de la sociedad» (7).

La única solución está en la doctrina católica, ya que «no se edificará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos» (8). Porque «si se busca la verdadera paz es un absurdo pensar que puede existir sin Dios, puesto que, de donde Dios se aparta, se aparta también la justicia, y faltando ésta, en vano puede esperarse la paz» (9).

Y con exactitud y clarividencia traza un programa de acción para los católicos en el terreno social, político y religioso: «Es menester la unión de los entendimientos en la verdad, la unión de las voluntades en la moral, la unión de los corazones en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo» (10). A este respecto no podemos olvidar los españoles los certeros consejos dados al Cardenal Aguirre, Arzobispo de Toledo: «La acción social de los católicos no reportará las utilidades apetecidas si los que trabajan por el bien común no tienen, según es

(5) Enc. *Notre charge apostolique* (10).

(6) Enc. *Notre charge apostolique* (21).

(7) Carta de 20 de enero de 1907 a los dirigentes de la Unión Económico-Social.

(8) Enc. *Notre charge apostolique* (11).

(9) FERRUCCIO CARLI, *Pío X y su tiempo*, Barcelona, 1943.

(10) Enc. *Notre charge apostolique* (22).

su obligación, un mismo pensar, un mismo querer y un mismo obrar» (11).

Es necesario, además, en esta empresa de volver a crear un orden social cristiano, «anudar con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la revolución —Gremios, Cofradías, etc.— y adaptarlos, con el mismo espíritu cristiano de que estuvieron animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea, porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios ni renovadores, sino tradicionalistas» (12).

Es muy frecuente la afirmación de que la Iglesia ha fracasado ante el problema social, de que la acción de los católicos en este terreno ha sido estéril y que este es el motivo por el cual las masas obreras se han descristianizado y han seguido otras doctrinas más favorables en apariencia a sus intereses y a sus programas reivindicatorios.

En primer lugar es necesario advertir que todos aquellos sistemas que presentan un orden social distinto del cristiano son, además de erróneos, utópicos. Hoy el mundo ha tenido experiencia dolorosa de la realidad de estos regímenes socialistas y comunistas que, lejos de mejorar la condición social de los trabajadores, han sumido a los pueblos en la esclavitud y en la barbarie. Y en estos errores no hay atenuaciones, todos son igualmente condenables: comunismo, socialismo cristiano, socialismo de Estado, socialismo demócrata, etc. ¿Qué ofrecen estos programas? Al principio escribimos el esbozo trazado por Pío X: «Su sueño consiste en cambiar los cimientos naturales y tradicionales (de la sociedad) y en prometer una ciudad futura edificada sobre otros principios que se atreven a declarar más fecundos, más beneficiosos que aquellos sobre que descansa la actual sociedad cristiana» (13).

En el mundo, por más que se afanen los arbitristas, siempre habrá ricos y pobres, desigualdad, trabajos, dolores, sufrimientos y mi-

(11) Carta del Papa al Cardenal Aguirre en noviembre de 1909.

(12) Enc. *Notre charge apostolique* (39).

(13) Enc. *Notre charge apostolique* (10).

serias, etc., etc. Es la condenación bíblica que pesa sobre el género humano. Hay que volver a repetir con Pío X: «No hay salvación para el mundo fuera de Jesucristo; como que no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres, en que debamos ser salvos. A El, pues, es necesario volver; a sus plantas es preciso postrarnos; de sus divinos labios hemos de recibir las palabras de vida eterna; porque el único que puede señalar el camino de la regeneración, enseñar la verdad y restituir la vida es el que dijo de sí: «Yo soy el camino y la verdad y la vida.» Se ha intentado nuevamente prescindir de Cristo en la dirección de las cosas percederas; se ha comenzado a edificar desechando la piedra angular, que es lo que San Pedro echaba en cara a los que habían crucificado a Jesús. Más he aquí que la reedificada mole se viene abajo, cayendo sobre la cabeza de los edificadores y destrozándola; en tanto que Jesús continúa siendo la piedra angular de la sociedad humana, comprobándose una vez más que fuera de El no hay salvación. «Yo soy la piedra reprobada por vosotros, los edificadores; la que ha venido a ser cabeza de ángulo; y no está en otro ninguno la verdad» (14).

Es evidente que el trabajo de muchos católicos en el campo social ha sido ineficaz, pero ello ha obedecido a que han actuado más como revolucionarios que como católicos. Han aceptado principios erróneos: democracia igualitaria, socialismo, totalitarismo, etc., y han desoído las infalibles enseñanzas de la Iglesia.

Sigamos a Pío X en este punto de la actuación de los católicos en cuestiones sociales.

Hay muchos católicos que defienden ideas liberales y democráticas sin considerar que han sido anatematizadas por la Iglesia «las doctrinas de los seudofilósofos del siglo XVIII, las de la revolución y del liberalismo tantas veces condenado» (15). «Otros muchos colocan la autoridad en el pueblo o casi la suprimen, y tienen por ideal realizable la nivelación de clases. Van, pues, al revés de la doctrina católica, hacia un ideal condenado» (16).

(14) *Jocunda sane.* (Enc. sobre San Gregorio Magno). 12 marzo, 1904.

(15) *Enc. Notre charge apostolique* (1).

(16) *Enc. Notre charge apostolique* (9).

Son bastantes los que «ebrios con el mosto de la novedad hablan un lenguaje nuevo y confuso, que no es ciertamente el que hablaban los primeros cristianos» (17). Dice Pío X dirigiéndose a los españoles: «Deseamos que se cuide también de que no se infiltren lentamente doctrinas nuevas y peregrinas, por no decir ajenas a la enseñanza de la Iglesia. No raras veces ha ocurrido que la pasión de novedades ha inficionado a muchos, aun entre el clero, dando en tierra con su obra» (18).

No pocas veces estos católicos han procurado anteponer los intereses materiales a los espirituales, motivo fundamental del fracaso.

«Engañanse asimismo gravemente los que al procurar el público bienestar, singularmente al defender la causa del pueblo, ponen su principal cuidado en los bienes del cuerpo, mientras pasan en silencio los del alma y las gravísimas obligaciones de la profesión cristiana (19).

En cuántas ocasiones los afanes demagógicos y proselitistas han esterilizado los mejores esfuerzos.

«Pero no basta reunir gente: es preciso educarla en la vida cristiana; es preciso formarla en aquel apostolado popular que, juntamente con la acción católica, exige de sus fieles la Iglesia; católicos de fe estéril e infecunda o, peor aún, católicos cuya fe contradiga a las obras, no podrán nunca ser instrumentos útiles para las grandes empresas de la restauración social, la cual, para difundirse eficazmente, debe comenzar por el mismo que de ella se profesa apóstol. No se contenten, pues, con ir al pueblo; esfuércense sobre todo por formar en él un espíritu profundamente cristiano» (20).

Bástenos, para terminar, exponer las normas dadas por Pío X para que estos trabajos en el campo social sean lo suficientemente fructíferos que las graves circunstancias del mundo exigen y esperan.

Dirigiéndose a los fieles del orbe en la Encíclica *Supremi Aposto-*

(17) Enc. *Pieni L'animo*. 28 julio 1906.

(18) Carta al Cardenal Aguirre, Arz. de Toledo.

(19) Enc. *Jucunda sane*.

(20) Carta del Cardenal-Secretario de Estado a los directores de la Acción Católica de Umbría.

latus Cathedra, decía: «La acción es lo que requieren los tiempos actuales; pero una acción entregada del todo al cumplimiento íntegro y escrupuloso de las leyes divinas y de los preceptos de la Iglesia, a la profesión franca y patente de la Religión, a la práctica de toda clase de obras caritativas, sin mira alguna de provecho propio ni codicia de ventajas terrenas. Brillantes ejemplos de esas virtudes dadas por tantos soldados de Cristo, serán mucho más eficaces para conmover y arrebatarse las almas que la abundancia de palabras y sutilezas de razones, y se logrará fácilmente que, depuesto el temor, rechazadas las prevenciones y las dudas, se conviertan muchísimos a Cristo y promuevan dondequiera su conocimiento y su amor» (21).

Años después, en la Encíclica *Il fermo proposito* traza el siguiente programa del católico en la vida pública y social: «Debe acordarse de ser, en cualquier coyuntura, y de aparecer, verdaderamente católico, llegándose a los empleos públicos y desempeñándolos con el firme y constante propósito de promover, cuanto le sea posible, el bien social y económico de la Patria, particularmente del pueblo, conforme a las máximas de la civilización eminentemente cristiana, y de defender al mismo tiempo los intereses supremos de la Iglesia, que son los de la Religión y de la Justicia» (22).

Actuación incompatible con cobardías, claudicaciones y contemporizaciones.

«Gravísimamente yerran los que sueñan con un estado tal en que la Iglesia, sin oposición de nadie, goce de paz dulcísima. Pero más torpemente se engañan los que, llevados de vana y falsa esperanza de conseguir esa paz, disimulan los intereses y derechos de la Iglesia posponiéndolos a sus particulares comodidades, los atenúan injustamente, halagan al mundo so pretexto de ganar a los fautores de novedades y de conciliarlos con la Iglesia, como si fuera posible acuerdo alguno entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial. Sueños de enfermos son éstos, cuyas vanas apariencias se forjaron y forjarán siempre mientras haya cobardes que, apenas visto el enemigo, arrojen huyendo el escudo, o traidores que se apresuran a pactar con el

(21) Enc. *Supremi Apostolatus Cathedra*, 4 octubre, 1903.

(22) Enc. *Il fermo Propósito*, 11 junio, 1905.

NOTAS

contrario, que es en nuestro caso el enemigo furioso de Dios y de los hombres» (23).

Hemos tratado de bosquejar en breves líneas el pensamiento de Pío X, sobre cuestiones sociales. Hoy que el mundo obsesionadamente trata de buscar solución a todos estos problemas por medio de gran cantidad de organismos nacionales e internacionales, bueno será que meditemos sobre estas sabias normas de un Pontífice elevado a los altares, y que se desvivió por su amor a los humildes, pues, como esculpí en su testamento, «nacido pobre, habiendo vivido pobre y cierto de morir muy pobre» (24), él se consideraba uno de ellos.

MIGUEL FAGOAGA G.-SOLANA

(23) Enc. *Communium rerum*, 21 abril, 1909.

(24) Cardenal RAFAEL MERRY DEL VAL, *Memorias del Papa Pío X*. Madrid, 1946.